

DE VUELTA AL MUSEO DE ARTE CONTEMPORÁNEO DE LA HABANA.



Museo Nacional de Bellas Artes, de La Habana.
Foto: Cubadebate

Por Marley Cruz
La Habana (Cuba)
Especial para La Moviola

Hace mucho tiempo ya que fui por primera vez a La Habana. Recuerdo la impresión del primer viaje y la sensación que tenía de estarme adentrando a un nuevo mundo, a un mundo de quimeras y de juegos en las plazuelas. Recuerdo llegar enamorada como solo se pueden enamorar los corazones jóvenes de lugares y vivencias que no son suyas. Volver a los lugares conocidos tiene algo de dulce amargura, se busca un reencuentro no con el espacio sino con lo que nos hicieron sentir.

Si bien, en el momento de mi primer viaje no tenía ni idea de que mi vida se iba a dedicar al análisis de pinturas, si había visto ya mi pregrado algunas cosas relacionadas con las artes plásticas, cuestiones más encaminadas hacia las didácticas de las mismas, pero la visión de mí misma como historiadora del arte aún estaba muy lejana. En ese primer viaje descubrí el Museo de Arte Contemporáneo de La Habana, ubicado frente al Museo de la Revolución, con el emblemático buque Granma entre las dos construcciones.

Con el paso del tiempo, la distancia y de la formación académica, puedo decir que esta vez tuve la oportunidad de ver el museo con otros ojos. Con todo y que, la primera vez las sensaciones tuvieron un impacto mucho más sobrecogedor, esta segunda vez no puedo decir que me haya desencantado no para nada, es más bien verlo de una manera mucho más objetiva, verlo quizás con unos ojos más viejos.

De entrada, el imponente edificio me sigue pareciendo una gran obra arquitectónica, no solo por su tamaño y su solidez, o sus rampas que permiten el acceso de una manera mucho más fácil, sino también por su enorme patio ubicado en el centro de la construcción a modo de las edificaciones del siglo XIX, al mejor estilo de una casa solariega. Una de las obras que aún se conserva intacta a la entrada de del museo es una enorme cucaracha-hombre sacada de la metamorfosis de Kafka.

Esta cucaracha con cabeza humana nos da la bienvenida, como recordándonos que el arte ese es espacio donde nos transformamos nosotros también como Gregorio, es aquel ámbito donde descubrimos nuestra propia naturaleza y dónde podemos SER sin necesidad de encajar en lo que la sociedad pretende nosotros. Quizás esta vez el tamaño me pareció más pequeño, porque como sucede con los lugares de la infancia y a los cuales regresamos siendo adultos, estos se reducen, parecen más pequeños de lo que los recordábamos. Pasa lo mismo con el tamaño de la cucaracha-hombre, si bien, sigue siendo enorme, la sensación de inmensidad de la misma se vio ampliamente reducida.

El arte de contemporáneo cubano me pareció desde ese primer contacto lleno de vida, al estar aislado (en gran medida a causa del bloqueo tanto interno como externo) de las distintas influencias americanas y europeas del arte, se ha cocinado dentro de su propia salsa, haciéndolo muy particular en su forma y ejecución. La utilización de distintos materiales y texturas, ese uso tan intenso del color que tienen los artistas contemporáneos cubanos, fue algo que me impactó entonces y me sigue impactando ahora.

Recuerdo que hace 10 años me sobrecogió el uso de los materiales en una obra que reproducía el escudo cubano, hecho con ramitas, con pequeños palitos, con hojitas, pero que terminaba siendo una obra bastante monumental y bastante diciente de lo que es para un cubano SER cubano. Ahora por su parte, lo que más me impresionó fue ver ese diálogo que hay entre los temas de forma mucho más crítica con el poder y con el sistema que los gobierna. Antes y ahora con una con una constante reinterpretación de sus personajes históricos, de su grandeza, de su valor y de la importancia que tienen para su cultura. Es así como una y otra vez nos encontramos con la figura de Martí, de Cienfuegos o del Che; me sigue pareciendo interesante que la figura de Fidel sigue brillando por su ausencia antes como ahora, quizás tenga que ver con la misma petición de Fidel de no o ser ni retratado, ni pintado, ni esculpido ni en su vida ni en su muerte.

Una de las obras que más me impactó del Museo de Arte contemporáneo de La Habana en este 2015 es la obra de Antonia Eiriz “Una tribuna para la paz democrática” (1968) (Oleo y collage sobre tela; 220x250,5 cm). Esta artista cubana nacida en un barrio humilde de la Habana en 1929, padeció de poliomielitis, enfermedad que condicionó su movilidad, pero no su profunda sensibilidad estética ni su capacidad expresiva. Esta limitación física, lejos de convertirse en un obstáculo, imprimió una tensión emocional en su obra que sería característica a lo largo de toda su trayectoria.

Estudió grabado y dibujo, se relacionó con grupos de vanguardia expresionista abstracta de la isla, pero siempre conservó su estilo propio. Sus figuras son grotescas, distorsionadas, su colorimetría un poco oscura y sus obras de gran tamaño, sus obras están acompañadas de humor negro, sus figuras muestran



Antonia Eiriz

Foto de internet: <https://awarewomenartists.com/en/artiste/antonia-eiriz/>

una crudeza impactante, que revelan la deshumanización, el autoritarismo y la fragilidad del ser humano ante las estructuras del poder. Eiriz elaboró un expresionismo profundamente personal, cargado de crítica social y denuncia en atmósferas cargadas.

Esta obra nos presenta una tribuna en dos partes, dentro del cuadro y fuera de él. En el lienzo en la pared vemos el atril, los micrófonos y las sombras blancas y negras que simbolizan las personas que van a escuchar los discursos. Fuera de cuadro encontramos una rampa con sillas dispuestas para quienes dan el discurso. Pero vemos en esta obra que hay algo anómalo, algo que no termina de calzar, porque las sillas el atril y los ponentes se encuentran invertidos, son las sombras las que escuchan a la gente que no existe en las sillas, no son los poderosos quienes están presentes, no tienen palabra, son solo sillas vacías sin voz, en una rampa que se cae,

que los lleva a todos a un inevitable precipicio, pero son las figuras existentes en el cuadro son las que en realidad deberían transformar el espacio con su bullicio.

Ahora bien, hay otro elemento interesante dentro de la obra y es la disposición de los micrófonos: encontramos un micrófono en el centro erguido mientras que los dos micrófonos de cada lado se encuentran inclinados hacia este micrófono principal. La lectura que le podemos hacer a esta obra es más que evidente, es una crítica al sistema, es una crítica al poder, es una manifestación de contrariedad ante los discursos vacíos que terminan llevando al precipicio. Esta obra se convierte en un parte aguas para la artista, ya que luego de ser censurada por el entonces influyente José Antonio Portuondo quien la acusó de “pintar contra el pueblo”, Antonia terminará alejándose de la creación plástica por más

de 20 años. Luego de esto, la artista se concentró el trabajo comunitario donde enseñó técnicas de papier- mâché, promoviendo una estética popular y participativa.

Tras años de silencio pictórico, en los 90s le fue concedido el permiso para emigrar. Vivió en Miami hasta su muerte, pero fue allí donde retomó la creación plástica con una intensidad conmovedora. Participó en exposiciones en Nueva York y falleció el 9 de marzo de 1995, mientras preparaba una nueva muestra individual.

Otra característica bastante evidente dentro de las obras que encontramos en el Museo de arte contemporáneo en La Habana es el uso de objetos encontrados para crear arte, y al igual que el enorme escudo que encontré la primera vez que visité este museo, ahora nos podemos encontrar también con monociclos, sillas, que son intervenidos para crear obras tridimensionales de un gran de un gran magnetismo visual.

También encontramos una alta calidad en el dibujo, cosa bastante escasa en el arte contemporáneo americano y europeo de las últimas décadas. Así mismo, y reitero, un impresionante uso de las texturas dentro de las obras. No son obras que usen el óleo diluido, usan un óleo pastoso, muchas veces sacado directamente del tubo, dando como consecuencia colores vibrantes e intensos típicos de la costa Caribe.

Resulta bastante interesante visitar los lugares ya conocidos con unos nuevos ojos, y verlos con detalle resulta un ejercicio bastante nostálgico y conmovedor. Aunque visitar la Habana siempre me ha producido un choque de sentimientos que oscilan entre la melancolía, la extrañeza y la admiración, mi último viaje me permite reafirmar la certeza de que el arte en la isla vibra de manera independiente y particular. Como en cada uno de los pueblos puestos en situaciones particulares, su arte tiene por defecto que ser también muy especial, el uso de sus temas, colores, texturas, materiales, el uso del espacio para hacer que la obra de arte viva, permiten que la obra se expanda más allá de las fronteras ideológicas o geográficas, y tales cosas pueden verse claramente dentro de los muros del Museo de Arte contemporáneo de La Habana.



Antonia Eiriz

Una tribuna para la paz democrática, 1968

Oleo y collage sobre tela; 220x250,5 cm

Foto: Marley Cruz

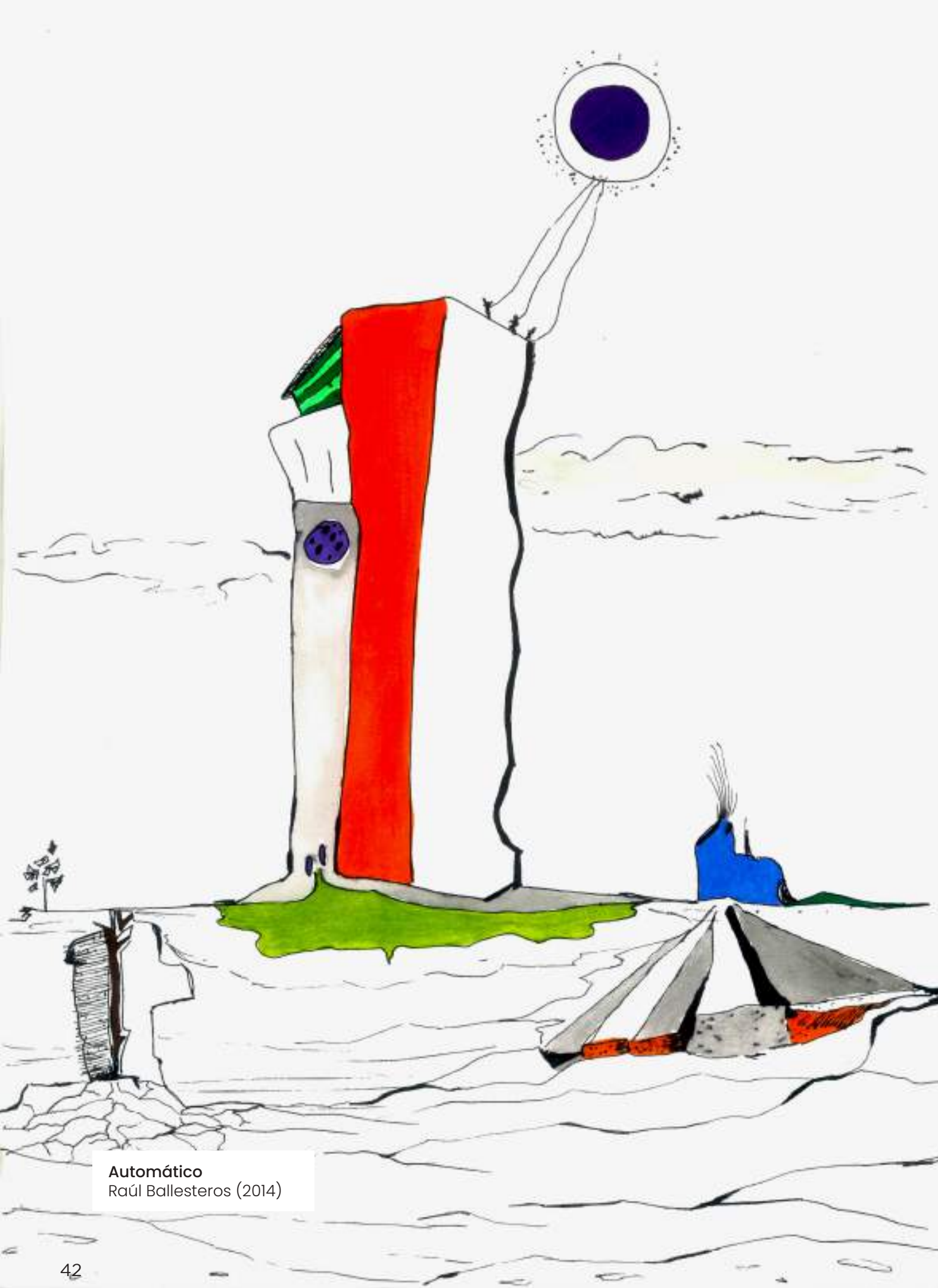


Automático
Raúl Ballesteros (2014)



plastico lunar, ilustraciones lunaticas
Raúl Ballesteros (2025)

R. Ballesteros. 2025.



Automático
Raúl Ballesteros (2014)



La septima en automatico
Raúl Ballesteros (2014)